

Anales del Seminario de Historia de la Filosofía

e-ISSN 1988-2564

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.66201>

 EDICIONES
COMPLUTENSE

Gianozzo Manetti, *On human worth and excellence*. Edición, traducción y estudio de Brian P. Copenhaver, Colección The I Tatti Renaissance library, Harvard university press, Londres, 2019, 362 pp.

Como es bien sabido, el Renacimiento puso en el centro de su preocupación al hombre en todas sus facetas. Su lugar en el mundo, sus ocupaciones, deberes y fines fueron discutidos minuciosamente por las mentes preclaras del período. Gianozzo Manetti, diplomático, historiador, filólogo y filósofo florentino del siglo XV, escribió uno de los tratados más celebres sobre este asunto, publicando en 1452 *De dignitate et excellentia hominis*. Obra de clara intención polémica, se dirigió contra un escrito del cardenal Lotario (*De Miseria Humanae Conditionis*), donde se retratan todas las debilidades de la naturaleza humana. Dicho cardenal, que prometió ofrecer una contrapartida a su obra, no pudo cumplir la labor al ocupar el trono de San Pedro con el nombre de Inocencio III. G. Manetti la completaría al revalorizar la condición humana entera. Su proyecto, metódicamente dispuesto, apunta contra los inconvenientes y las dificultades que el hombre atraviesa en esta existencia. Y para ello Manetti se pertrecha de una amplia literatura patristica y latina, conjugando las palabras de Cicerón y Lactancio, de Ovidio y San Ambrosio, de Aristóteles y Santo Tomás, en un juego de equilibrios que nos elevan a una percepción ecléctica en torno a la realidad humana.

Manetti dispone su escrito en cuatro grandes partes, en cuatro libros, el primero de los cuales nos acerca a las consideraciones que el cuerpo ha merecido tanto en la tradición como entre los modernos. Aquí destaca un puntilloso examen de las partes del cuerpo, que si bien no es exhaustiva, es lo suficientemente completa para mostrarnos que el diseño del cuerpo no está dispuesto azarosamente, sino que corresponde a un diseño muy preciso y a una “economía”, pues nada sucede en vano. El hombre no aventaja en un primer momento al resto de animales: carece de bello para pasear airoso en climas gélidos, no tiene agudas garras o cuernos con que defender su vida, ni escamas u otro medio de defensa. Esto, que negligentemente observado nos lleva a considerar que el hombre es el menos dotado de los animales, es en realidad falso. El hombre tiene sus manos, que Manetti no duda en calificar como “herramienta de herramientas” (*organorum organa*) y que son las sedes de cualquier arte y empresa, llave de dominio sobre el mundo. Su disposición erecta le permite, además, una diferencia fundamental con respecto a todos los animales, como es la contemplación de los cielos. De esto no solo nos da razón el *Génesis*, sino también la razón, que

podemos explicar con un esquema causal de raigambre aristotélica. Así, la estatura erecta del *homo* se debe a una causa material (la materia luminosa), eficiente (calor intenso), formal (inteligencia) y final (entendimiento). A pesar de que Manetti huye de una exposición larga como la que hicieron sus predecesores (Aristóteles, San Alberto, Galeno o Avicena), no puede sino examinar de modo general “el edificio humano” (*humanis corporis fabricationem*). Centra su atención en tres elementos: la trabazón de los huesos, lo que se puede observar a simple vista y una breve descripción de los órganos internos, que no están a la vista. Todo esto se hace con el fin de reafirmar que el cuerpo humano tiene una perfección que no es casual, y que funciona de un modo tan perfecto y adecuado que no se le puede imputar una visión negativa. El cuerpo merece, sobradamente, el destierro de la *vilitas* del cardenal Lotario, así como el ser investido por la *dignitas*.

El segundo de los libros nos centra en la difícil cuestión del alma, donde Manetti apuesta por una estrategia aristotélica, mostrándonos los *endoxas* u opiniones que respecto a este tema se han tenido. Comienza un escrutinio que abarca a Tales junto a todos los antiguos filósofos, de los que solamente menciona, positivamente, a Platón (tímidamente) y Aristóteles, cuyo único defecto fue no apuntar que el alma es creada por Dios de la nada. No puede haber duda de la grandeza de nuestra alma, dice Manetti, pues la *Biblia* expresa su creación a imagen y semejanza de Dios. Junto a esta autoridad le sigue Agustín, que concluye que el alma proviene de Dios, aunque no sea de la misma sustancia, que su naturaleza no es corpórea (como sospecharon algunos paganos) y que es creada a partir de la nada. Manetti incide en que la semejanza del alma con Dios descansa en dos atributos: la inmortalidad y la razón, que se despliega en las facultades de la inteligencia, la memoria y la voluntad. A estas facultades dedica las últimas páginas del libro segundo, donde podemos señalar una parte distinguida en la que puede verse de modo claro, explícito y consciente una comparación entre los antiguos y modernos en torno a las artes.

A la mixtura de cuerpo y alma, que es propiamente el hombre, se dedica el tercer libro, pues si antes se ha tratado de manera parcial al hombre ahora se le trata de modo completo, total. Tras el análisis de distintas doctrinas y definiciones, se nos convoca a la concepción

aristotélica del hombre como ζῷον πολιτικόν. Aristóteles erró al considerar al hombre de tal modo. Según la luz natural de la razón estaba en lo correcto, pero eso no es suficiente, pues esta verdad parcial ha de ser completada con lo que la Revelación nos ha dado: que el hombre es creación de Dios. La postura del Estagirita es la única convocada por Manetti, que despidió con prontitud a epicúreos y estoicos. Tras la mención de estos *endoxas*, se dispone a dos tareas en lo que queda de libro: determinar qué tipo de ser es el hombre e inquirir sobre su finalidad y deber (*officium*). Respecto a lo primero guarda las mayores alabanzas para el hombre y despliega con toda fuerza las afirmaciones sobre los rasgos positivos del hombre, porque es literalmente un *princeps*, el primero entre todas las creaturas. Por ser *príncipe* en la creación su dignidad es corona en el designio creativo de Dios, y tiene un poder destacable (*ac tantum principem et ubique imperantem*). El *imperium* que ejerce el hombre nos lleva a la justificación tácita de su dominio sobre el mundo, pues la humanidad no ejerce un poder bruto. Su poder es legítimo, porque su *imperium* es legado y adjudicado en el plan divino. Incluso las criaturas que pueden considerarse superiores al hombre están, de algún modo, unidas y subyugadas al hombre. Así, los ángeles son siervos de la humanidad, pues llevan las almas de los difuntos, y también ejercen un custodio firme de las acciones de cada hombre (los ángeles de la guarda).

Ahora bien, establecido qué es el hombre, en el orden de lo natural, queda por determinar sus finalidades y deberes (*officium*). Aquí la respuesta no puede ser más clara por parte de Manetti, quien de manera concisa afirma que el *officium* del hombre es entender y gobernar el mundo y que para ello sólo hay dos caminos: la acción y la intelección (*cum agendo tum intelligendo*). Con esta nueva teoría de los *officia*, se superponen elementos a los conocidos *officia* ciceronianos, que resultan especialmente correctos para alguien en la posición de Manetti. En una sociedad donde la vida feliz es la vida beata dedicada con prontitud y energía al servicio de Dios (vida contemplativa), es especialmente interesante que se ponga en pie de igualdad la acción y el entendimiento, pues se revaloriza la vida activa, quedando muy bien parada la línea vital seguida por Manetti, tanto en sus hechos (como diplomático) como en sus obras, pues todas tuvieron una utilidad pedagógica (sus *vitae*), moral (traducciones de las éticas de Aristóteles) y apologéticas (*Psalterium* o *Contra Iudaeos et gentes*).

Armado con todo el arsenal de razones y argumentos que ha ido desplegando Manetti en los tres libros anteriores, se dispone al asalto, de forma definitiva y sin tiento, de las posturas del cardenal Lotario. Ninguna obra anterior a Manetti muestra encono parecido en perseguir cada línea de las escritas por el difunto cardenal, y no fue porque nadie se lo propusiese. Los precursores de Manetti, Antonio da Barga y Bartolomeo Facio, se enfrentaron a la obra del cardenal, pero de modo más moderado y menos sistemático, bien es cierto que sus obras son más breves y de menor ambición.

Antonio da Barga, perteneciente a la orden olivetana, escribió en 1477 el primer escrito renacentista que emplea la palabra *dignitas* para el género humano: el *De dignitate hominis et de excellentia humanae vitae*. Es una obra breve, de riqueza literaria modesta y que no abunda en fuentes clásicas. A consecuencia de las limitaciones que el mismo autor encontró en la obra, requirió al humanista Bartolomeo Facio –nombre muy conocido al público hispano por su influencia en Juan de Lucena–, para revestir el tema con sus propios puntos de vista y con una elocuencia ciceroniana. Facio entregó su libro (*De excellentia et praestantia hominis*) como obsequio al Papa Nicolás V en 1450. El texto es notablemente largo y profuso en fuentes grecolatinas, grandes ausentes de Antonio. Ambos escritos han sido recogidos en la presente edición en anexos sin texto latino. Hay que señalar que el opúsculo de Antonio da Barga se nos ofrece talado, ya que una sexta parte no ha sido traducido para la presente edición. *De dignitate et excellentia hominis* de Manetti sí ha sido acompañada con su correspondiente texto latino, que toma como base una edición de 1975, a cargo de Elizabeth R. Leonard. El libro se incluye en la prestigiosa colección The I Tatti Renaissance library, bajo el sello editorial de Harvard university press, habiendo sido introducido, traducido y anotado por la erudita y competente mano de Brian P. Copenhaver. El libro de Manetti se ha editado en ocasiones junto al texto del cardenal Lotario, pero nunca se había editado junto a las obras que precedieron su intento. Aunque una traducción más puntillosa (y completa) de Antonio da Barga y Facio, acompañada por texto latino, fuese conveniente, no queda duda de que esta nueva edición nos emplaza con mayor cercanía al contexto de una obra fundamental del Renacimiento.

Carlos Carrión González
carlosgonzalez1991x@gmail.com